

Informe sobre ciegos. Razón y Revolución y su “mirada” del capitalismo argentino

Pablo Anino y Esteban Mercatante

En el número 57 de *El Aromo*, ha aparecido una respuesta¹ al artículo “Sutilezas metafísicas y reticencias teológicas”² en el cual debatimos con los planteos de Juan Iñigo Carrera y luego con la crítica que nos realizara Razón y Revolución (de aquí en adelante RyR). “Respuesta” es una forma de decir, ya que casi todos los argumentos que sostenemos en el artículo han sido evitados, y en su lugar, el artículo se dedica a repetir sus ya conocidas loas al agro sojero.

Los puntos en discusión

Sintéticamente, el planteo de RyR con el que venimos polemizando puede resumirse en los siguientes puntos: 1) para caracterizar al capitalismo argentino no es relevante considerar la atrasada industria, sino el competitivo agro; 2) como éste es rentable, puede decirse que “la región pampeana compite con la agricultura europea y norteamericana en sus mismos términos: el desarrollo capitalista”³. De esto se deduce que 3) la Argentina es una economía capitalista plenamente desarrollada desde todo punto de vista y pionera en el desarrollo productivo agrario. Por lo tanto, la caracterización de la Argentina como una semicolonias sería un desvarío, que no se condeciría con reconocer que el agro argentino pueda apropiarse de una renta diferencial fruto del comercio exterior. En última instancia, no encontramos más que una repetición de los argumentos de su mentor intelectual Juan Iñigo Carrera, con quien polemizamos en el mencionado artículo. Podemos decir que estos planteos son la versión “marxista” de la vieja cantinela liberal sobre la riqueza de las pampas, y comparten su misma aversión por todo lo que sea industria local “ineficiente”. Para RyR la Argentina está madura para el socialismo (sojero).

En polémica con esta visión, en “Sutilezas...” planteamos como argumentos centrales:

- que la competitividad y las fuertes ganancias de la producción sojera no son en sí mismas un indicador del desarrollo de la productividad agraria argentina a niveles que estén entre los más elevados en la comparación internacional. Si uno quiere considerar el desarrollo de las fuerzas productivas del agro local es necesario utilizar como medida de comparación el capital y los rendimientos por hectárea, y no sólo la rentabilidad en relación al capital invertido. Justamente por las particularidades de la producción agraria (que explican la renta diferencial), es posible que una dotación menor de capital permita más rentabilidad con una menor inversión de capital y menos rendimiento. No se puede poner por delante la cuestión de si sería razonable o no una mayor dotación de capital por hectárea en las tierras pampeanas. La cuestión del desarrollo relativo debe saldarse en estos términos, para después explicar las razones dentro de lógica de los capitalistas para estas decisiones;
- que la capacidad del agro argentino para seguir compitiendo ventajosamente ha sido alimentada por una implementación mucho más extendida que en cualquier otro lugar del mundo de semillas transgénicas que han sido desarrolladas en otros países, los cuales han tenido más cuidado y no la han implementado tan masivamente como acá. Esta semilla genéticamente modificada está estrechamente ligada a un paquete tecnológico que tanto eleva la rentabilidad como afecta al medio ambiente, sobre todo para las poblaciones rurales. Como decimos, el marxismo no es una oda a la productividad sin miramientos por las consecuencias ecológicas;
- la más severa crítica que les hacemos es el procedimiento de análisis compartimentado, la mirada del agro argentino por fuera del entramado que configura la estructura económica

1 Cadenazzi, Guillermo, “Hay humo (burgués) en tu mirada”, *El Aromo* N° 57, Bs. As., noviembre/diciembre de 2010.

2 Publicado en la página del Instituto del Pensamiento Socialista *Karl Marx*, www.ips.org.ar.

3 Sartelli, Eduardo *et. al.*, *Patrones en la ruta*, Bs. As., Ediciones RyR, 2008, p. 249.

argentina. De ésta brota un conjunto de relaciones y condicionamientos que también dejan su impronta en el curso del desarrollo en el agro. El análisis del sector por separado es válido como herramienta de análisis, pero lleva a conclusiones sesgadas si luego no se procede a incorporarlo en un análisis integral. Lejos de esto, el autor del artículo, Guillermo Cadenazzi, insiste en caracterizar el desarrollo o atraso del agro abstrayéndose de la consideración de la economía argentina de conjunto. Ni siquiera toma la producción agraria como totalidad, sino la de la soja y algunos otros granos. Este vicio académico lleva a realizar sus análisis como si el capitalista agrario local enfrentara la decisión de la técnica a utilizar de igual forma en las pampas, en la campiña francesa, en EE. UU. o en Madagascar. Como si la posibilidad de acceder a una misma tecnología no variara de manera pronunciada en cada caso, junto con su costo. Al igual que la economía neoclásica, este procedimiento se abstrae de las determinaciones que brotan de la estructura económica sobre el conjunto de los sectores de una economía nacional, incluso los más avanzados. Por eso los caracterizamos como un marxismo a la “Heckscher-Ohlin” (autor de la teoría neoclásica más en boga), donde la especialización en la producción agraria estaría explicada por la abundancia del factor tierra y la técnica aplicada se debería a las decisiones del empresario maximizador sin considerar ninguna restricción por el lado de la técnica disponible;

- aunque no lo desarrollamos directamente en polémica con RyR sino discutiendo con su mentor Juan Iñigo Carrera (en partes del artículo “Sutilezas...” que parece que nuestro polemista no leyó, como se desprende de sus argumentos y las posiciones nuestras que parece ignorar), la economía mundial capitalista se caracteriza por un desarrollo desigual y combinado, con países cuyos capitales son más poderosos y se expanden por el mundo, y otros en los cuáles los capitales más poderosos son de procedencia extranjera. Estas relaciones asimétricas, además de que significan diferencias en la capacidad productiva, tienen como consecuencia una desigual capacidad financiera y fiscal –con las derivaciones que tiene esto en áreas claves para el poder estatal como la capacidad militar–, además de la precariedad monetaria de los países más débiles. De esta forma, la economía mundial capitalista crea una jerarquía de Estados y nuevas formas de dependencia económica y política entre los Estados. En una época donde la mayoría de los Estados son formalmente soberanos, existen sin embargo condiciones de vasallaje de muchos países en relación a una o varias potencias capitalistas. También hay países de desarrollo intermedio que logran tener cierta influencia sobre las decisiones tomadas en otros países, así como capacidad para influenciarlos utilizando discrecionalmente distintos medios económicos (financiamiento, inversiones, etc.) y simultáneamente pueden estar sometidos a presiones similares de Estados más poderosos. De esta forma, en un sistema interestatal complejo, la categoría de semicolonias permite caracterizar la situación de muchos países como la Argentina. Debilidad económica relativa y subordinación geopolítica son dos facetas inseparables, aunque los términos en que se articulan puedan cambiar según las coyunturas económicas más favorables o desfavorables para los países menos desarrollados (vinculadas por ejemplo a un alza o una baja de las materias primas), a las distintas relaciones entre las clases y a las iniciativas que puedan tener gobiernos bonapartistas o semibonapartistas para ganar algunos márgenes de autonomía;
- también decimos en nuestra polémica con Iñigo (en el artículo que inició la polémica, así como en muchos otros), que el pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en la Argentina –y por lo tanto el carácter utópico y reaccionario del planteo de una perspectiva de desarrollo nacional autónomo (burgués) defendida por muchas corrientes– se da de la mano de la incapacidad de desarrollar las fuerzas productivas en un nivel comparable al desarrollo promedio a escala internacional. El capitalismo argentino se caracteriza por un pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en el marco del cual se reproduce el subdesarrollo relativo, y por lo tanto las condiciones de subordinación geopolítica.

En la calesita

Si el polemista, en vez de llenar la página de preguntas retóricas, le entrara a los argumentos que hemos planteado e intentara rebatirlos, podríamos ahorrarle al lector –y a nosotros mismos– la necesidad de este *perpetuum mobile* de recorrer una y otra vez argumentos que por otra parte son bastante diáfanos, para quién no esté enredado en una lógica impermeable –frente a la razón y los datos duros.

El único esfuerzo por responder algún argumento no es más que una repetición de lo que ya ha sido dicho. A ver si este segundo intento nos convence, aunque lo que plantea no tenga ni pies ni cabeza.

El ejemplo más claro de esto es la discusión sobre los rendimientos de la producción trigo en Francia y la Argentina. Cadenazzi insiste en que ya nos habría explicado “que los rendimientos mayores en Francia se obtienen a un mayor costo (en agroquímicos, fertilizantes, etc.) que en la Argentina. La producción francesa es menos competitiva que la argentina, se produce a un costo mayor (a pesar de que se obtenga más producto por hectárea) y el gobierno francés debe subsidiar al sector agrícola de dicho país para que los productores no se fundan”. Tan esclarecedora explicación no sabemos con quién discute, o en qué medida respondería a lo que planteamos. Por supuesto que la producción en Francia afronta mayores costos que en el agro pampeano y es menos competitiva. Sin embargo, el hecho de que allí una mayor dotación de capital logre rendimientos superiores ilustra que hay un margen para ampliar la productividad por hectárea por encima de lo logrado localmente. No puede establecerse *a priori* que el aumento de la productividad por hectárea no tendría sentido económico.

El planteo de *El Aromo* sólo es sostenible suponiendo rendimientos estrictamente decrecientes –otro precepto neoclásico que Marx no suscribe– y nuevamente, aislando la situación de la producción agraria del acervo tecnológico distinto en cada país. En sí mismo, no puede partirse del supuesto de que no tendría sentido incorporar más capital y elevar los rendimientos ya que sería más costoso. Es algo que en todo caso debe demostrarse, cosa que Cadenazzi no hace.

Incluso si se verificara que bajo ningún punto de vista tendría sentido una mayor inversión de capital por hectárea en la Argentina, es necesario definir en qué medida ésto responde no a cuestiones agronómicas que establezcan como uso eficiente uno con menos intensidad de capital, sino a los altos costos que acarrearía esta inversión en el contexto general de la economía argentina (es decir, un marco en el que los insumos y maquinarias locales son costosos y los importados suelen encarecerse en momentos de moneda depreciada y son difíciles de financiar a crédito). Los “científicos” de RyR sacan sus conclusiones rápidamente sin siquiera hacerse esta pregunta fundamental. Por mucho que haga gala de sus “explicaciones”, Cadenazzi da muestras de una total incapacidad para elevarse por encima de la estrecha mirada del capitalista agrario y sus decisiones óptimas.

Según el artículo de *El Aromo*, el “carácter extensivo de la producción no significa otra cosa que el hecho de que la tierra pampeana es apta para la producción de cereales, que tiene esa característica en todas partes del mundo: en EE. UU., en Canadá, en Australia, etc.”. Como se desprende claramente de lo que venimos planteando, la cuestión de la extensividad planteada acá es la consideración del capital aplicado por hectárea, y no como pretende el autor la de “agronomos desarrollistas de la década del '50, que creían que una extensión del tamaño de la pampa podía ocuparse con pequeñas granjas 'pluriactivas'”. En los países mencionados en el artículo de *El Aromo*, la aplicación de capital por hectárea es superior que en el caso argentino, y por eso los rendimientos por hectárea son también superiores. La Argentina sólo logra acercarse avanzando más con la aplicación de transgénicos; es decir, usando un paquete que simplifica los labores y los requerimientos de capital; aunque requiere maquinaria, ésta también es menos compleja de lo que sería un paquete tecnológico para labores que no se basara en semilla transgénica. Por otra parte, incluso si concentrar más capital por hectárea afectara la ecuación económica, es necesario explicar por qué no sólo Francia sino también países “extensivos” como EE. UU. lo hacen, indagar cuáles son las razones por las cuáles acá no cierra. Seguramente nuestro crítico se encontrará con que éstas

tienen que ver con el efecto que tiene la menor productividad industrial sobre los costos agrarios.

Resumiendo, cuando hablamos de “extensividad”, lo que para Cadenazzi es expresión de una “ventaja”, probablemente no sea otra cosa que una acción guiada por las restricciones que impone la estructura económica argentina considerada como conjunto; si se alteraran estas últimas, la acción del capital agrario se vería modificada también. Nuevamente, el sesgo de análisis compartimentado incapacita a nuestro crítico para elevar el horizonte de análisis por encima del bolsillo del *chacrer* pampeano.

Por otra parte, es claro que en algunos cultivos la brecha de productividad y tecnología entre el agro argentino y países como EE. UU. se ha ido cerrando en las últimas décadas. Pero esta evolución ha sido muy desigual; en los cultivos transgénicos se muestran saltos productivos que en muchas otras ramas están ausentes. El agro no puede caracterizarse exclusivamente en base a lo que pasa con la soja, el maíz, la colza y el algodón. Menos aún si la mayor rentabilidad en esas ramas por la mayor productividad está empujando una especialización en detrimento de ramas que logran menos rentabilidad por no ofrecer las condiciones de avance fácil que ofrece el paquete transgénico, entre ellas nada menos que la ganadería bovina. En la difusión acelerada de las semillas transgénicas, como planteamos en el artículo que inició la polémica, hay tanto un aumento de la rentabilidad como una constatación de los capitales agrarios locales de su debilidad para invertir capital en sostener aumentos de competitividad en otras producciones tradicionales. Cadenazzi, tan entusiasmado que está en deshacerse en elogios a la producción agraria local, no tiene elementos para explicar esta evolución divergente. Tampoco indaga qué condiciones externas al agro jugaron un rol en este salto (impulso al paquete tecnológico de semilla transgénica y agrotóxicos por parte de las semilleras, abaratamiento de la introducción de maquinaria durante la convertibilidad) para captar las contradicciones y potenciales limitaciones que puede tener el proceso.

Los efectos de la renta diferencial

Las consecuencias de la incapacidad para adoptar un enfoque holístico que considere la estructura económica argentina como totalidad se ponen nuevamente en evidencia cuando nos critican por sostener que la existencia de renta diferencial de la tierra “agrava las limitaciones para la acumulación del capital industrial”. Sería un “intento de conciliar el ingreso de riqueza que supone la apropiación de renta de la tierra internacional con el saqueo imperialista, la renta aparece como agravando las limitaciones para la acumulación”.

No tenemos necesidad de conciliar nada, nos basta con tener una mirada que vaya más allá del agro. Por empezar, como sostenemos en “Sutilezas...” polemizando con Iñigo, así como la renta es una fuente por la cual la producción agraria argentina se apropia de plusvalía extraordinaria, de igual forma pero en sentido opuesto, las importaciones que realiza el país solventa en muchos casos la ganancia extraordinaria de los países industriales. La diferencia en estos casos, es que esta riqueza extraordinaria no tiene como apropiador primario una figura separada de la del capitalista, como ocurre en el caso de la renta con el terrateniente. Pero más allá de esto, la implicación es que no puede considerarse la renta como un flujo positivo neto de plusvalía sin más como hace Iñigo, y como entendemos que también plantea Cadenazzi cuando habla de “ingreso de riqueza”.

Pero además, es evidente que Cadenazzi desconoce los efectos que tiene la renta sobre cuestiones como el tipo de cambio. De esta forma repercute en los condicionamientos preexistentes para la acumulación de capital en la industria dentro del país. La existencia de la renta tiene un impacto sobre los flujos del balance de pagos y sobre la productividad media de la economía. Salvo que consideremos que el tipo de cambio es algo totalmente contingente, se trata de dos factores que influyen decisivamente en la determinación del tipo de cambio en el sentido de empujar un tipo de cambio más bajo (una moneda más fuerte).

Por supuesto, no está en duda que “la industria no es competitiva, no por la renta, sino por problemas de competitividad, de escala, de no alcanzar la productividad media a nivel mundial”; cuando nuestro crítico insiste con que “no comprendemos” esto nos preguntamos si realmente leyó enteros los artículos con los que polemiza o sólo hizo una selección de párrafos al azar. Pero los

efectos que tienen la renta diferencial y la exportación de mercancías agrarias sobre la renta operan en el sentido de la apreciación de la moneda. De esta forma, generan un mayor grado de dificultad a cualquier estrategia de acumulación basada en un tipo de cambio depreciado. Salvo que caigamos en el esquematismo de considerar que el tipo de cambio está unívocamente determinado y no hay un margen para fijarlo que pueda dar lugar a pujas y presiones interburguesas, es de primer orden de relevancia considerar las contradicciones generadas por la renta en este plano.

Como vemos, si uno no se queda en el mero análisis sectorial, puede entender cómo la renta puede tener efectos contradictorios por el impacto en cuestiones que involucran la estructura económica como totalidad, como es el tipo de cambio.

Salta a la vista que la “investigación” de éste grupo no excede el recabar y ordenar datos. Faltaría un análisis con algún método que vaya más allá de lo que piensa el *chacrer* viendo trabajar al tractor (último modelo con GPS) del contratista en su lote.

Esto se ve nuevamente en la poca atención que prestan al hecho de que el avance de la producción agrícola de los últimos años es un proceso global en función de las estrategias de las multinacionales, que en nuestro país se da en gran medida de la mano del capital extranjero que es preponderante en los principales eslabones de la cadena productiva como ocurre con Monsanto, Syngenta y Bayer en la producción de semillas y de agroquímicos y con Cargill, Dreyfus, Bunge, entre otros, que son los principales exportadores de granos y aceites. Operando en la cadena de comercialización de las mercancías agrarias, así como en el uso de las mismas en industrias relacionadas, estos grandes jugadores multinacionales se apropian de parte de la renta agraria diferencial y no sólo de la ganancia media del capital, y corrientemente estos montos son girados como ganancias al extranjero. Esto nos lleva a otra cuestión crucial donde RyR muestra aún más confusiones: la del imperialismo.

Nuevamente sobre el imperialismo y las tareas nacionales

Resulta preocupante el desconocimiento que muestra el autor del artículo de *El Aromo* sobre cuestiones que, aunque sea para criticarlas, deberían ser el ABC de quien hoy se reivindique un marxista serio. Como si la continuación del marxismo tuviera como hito clave, después de Marx, el momento en que Cadenazzi se sentó a leer *El capital*, salteándose todos los debates del marxismo durante el siglo XX.

Según el artículo “destacar que la idea de que la Argentina es un país semicolonial oprimido por los monopolios imperialistas no es más que el planteo que la burguesía nacional enarbola para encolumnar detrás suyo a la clase obrera. Es a su vez, la caracterización de los partidos de izquierda que proponen una alianza con este sector (PC, PCR). Lo cual es lógico: si efectivamente la Argentina es una semicolonias, y tiene tareas nacionales pendientes, se deduce que el capitalismo argentino aun no alcanzó su pleno desarrollo y tiene más para dar, aunque el PTS niegue o desconozca esa deducción”.

Lo primero que salta a la vista es un garrafal error de apreciación histórica. Los principales representantes de la burguesía argentina, lejos de usar el planteo del imperialismo para encolumnar a la clase obrera, son aliados estrechos del capital imperialista y niegan completamente la existencia de cualquier opresión nacional. Esto fue evidente durante el conflicto agrario de 2008 donde ni siquiera el gobierno, que presentó el conflicto como una patriada en contra de la oligarquía cipaya, mencionó ni una vez a los grandes exportadores, que son actores clave al momento de recaudar por retenciones y que hacen todo tipo de maniobras para eludir esos pagos. Lo máximo que se hizo fue ponerle freno a algunas maniobras por las cuales las cerealeras aprovecharon los aumentos de retenciones para embolsarse u\$s 1450 millones supuestamente cobrados en concepto de retenciones. Pero esto se dio porque se trató de maniobras que quedaron vergonzosamente en evidencia por las denuncias públicas en medio del conflicto, y no por vocación “nacional” ni nada por el estilo.

En todo caso, existen movimientos de carácter nacionalista que se apoyan en la existencia del imperialismo y sostienen, contra toda evidencia histórica, que es posible enfrentarlo sin romper con la burguesía para encolumnar a la clase obrera detrás de proyectos nacionalistas burgueses. Al revés

de lo que pretende nuestro crítico, es la existencia del imperialismo lo que da lugar a los planteos nacionalistas y no a la inversa, los planteos nacionalistas burgueses los que inventan al imperialismo.

Nuestro crítico parece ignorar completamente que las teorías marxistas del imperialismo, lejos de empujar la alianza con las burguesías nacionales, han sido el fundamento por el cual los marxistas han planteado la necesidad de una revolución dirigida por la clase obrera, aun en países donde el desarrollo capitalista no había creado condiciones para la socialización de los medios de producción. La visión sobre las particulares condiciones de Rusia en la etapa imperialista llevó a Trotsky y a Lenin a dirigir la primera revolución proletaria de la historia que derrotó al zarismo y a la débil burguesía rusa e impuso la socialización de los medios de producción ganándose el ataque de todas las grandes potencias imperialistas, “salteándose” cualquier etapa de revolución que lleve a la dominación de la burguesía. Que el estalinismo en sus distintas vertientes autóctonas haya acomodado la teoría del imperialismo —e introducido en algún momento otros delirios como la existencia de resabios feudales o rémoras coloniales— para justificar su búsqueda permanente de alianza con sectores burgueses para una revolución anticolonial, no inhabilita la importancia de partir de una adecuada caracterización del estado actual del imperialismo para definir las tareas de la revolución en la Argentina.

La internacionalización del capital intensificada en la época imperialista significó para los países menos desarrollados una aceleración de los tiempos históricos, según la cronología impuesta por los propios países imperialistas, y simultáneamente la incapacidad de seguir los estadios que estos países han recorrido. Durante todo el siglo XX se mostró la corrección del planteo de Trotsky de que la clase obrera de los países relativamente atrasados podría llegar al poder antes que en países más desarrollados, aunque sin la extensión de la revolución a escala internacional enfrentaría numerosas dificultades para encarar la transición al socialismo, como trágicamente hemos visto en el siglo XX a pesar de las enormes potencialidades que mostró la economía planificada.

Según Cadenazzi, el PTS se hace el distraído en definir las tareas nacionales que deben ser parte de un programa para la revolución en la Argentina. El autor le agrega la palabra “inconclusas”; pero para nosotros no se trata de ninguna forma de cuestiones inconclusas en el caso de la Argentina, sino de cuestiones puestas sobre el tapete por las relaciones imperialistas. Y que hoy están más estrechamente ligadas que en ningún momento previo con las tareas de la revolución socialista.

Cuestiones fundamentales como el no pago de la deuda externa, el abandono de pactos que subordinan al país a los organismos financieros internacionales y de instituciones como la Organización Mundial del Comercio, que son organismos que regulan la economía mundial en beneficio de las finanzas y de las multinacionales, son tareas de primer orden que implican enfrentarse con el imperialismo.

Podría objetarse que la cuestión del no pago de la deuda no es en sí misma antiimperialista, que hoy la nación más endeudada es EE. UU., pero eso sería olvidar el rol que ha jugado la deuda en América Latina como condicionante de la política económica y como mecanismo para imponer una reestructuración de las economías de la región en función de los intereses imperialistas. Además de que los ciclos de endeudamiento, lejos de estar ligados a la vocación y capacidad de los capitalistas y gobiernos semicoloniales por endeudarse, han sido regulados por el volumen de fondos en busca de valorización a escala internacional, ligados a su vez a la política económica orquestada por los países más desarrollados, especialmente EE. UU.

El uso de la cuestión de la deuda para imponer una agenda funcional a los intereses de los países más poderosos y los capitales radicados en los mismos lo estamos viendo nuevamente por estos días, con los intentos del gobierno de negociar con el Club de París. Hoy, aunque el gobierno argentino muestra disposición a pagar dilapidando las reservas internacionales —que operan como protección frente a posibles complicaciones del escenario externo— existen demoras en el acuerdo que muchos vinculan a la presión de las compañías extranjeras que adquirieron empresas privatizadas y tienen litigios con el gobierno. La deuda no es en ningún modo una mera cuestión financiera ni es sólo un drenaje sistemático de riqueza; es además —en muchas circunstancias— un

mecanismo de presión sobre las economías más frágiles por parte de organismos que responden a intereses muy claros de los países más poderosos, aun en estos momentos donde se están dando algunos pasos para “democratizarlos”, bajo presión de los BRIC y otros países.

Podemos agregar a las tareas nacionales a las que sólo la clase obrera puede dar respuesta, la nacionalización de los recursos fundamentales, tanto de energía como los hidrocarburos, así como la nacionalización y monopolio estatal del comercio exterior que hoy manejan grandes multinacionales. En sí mismas, podría decirse que son tareas que se le plantearían a la clase obrera en cualquier país, imperialista o semicolonial. Pero en la Argentina y muchos otros países, implican enfrentarse con el imperialismo. En el caso de la Argentina, la última década puso en evidencia cómo incluso algunas tibias regulaciones a las empresas privatizadas impuestas en una situación de emergencia, se transformaron en una ríspida cuestión diplomática. El Ejecutivo recibió infinidad de reclamos, prácticamente en cada foro internacional, y debió dar explicaciones de su política tarifaria. Si la cuestión no alcanzó una situación más crítica fue porque la mayoría de las empresas de servicios públicos privatizadas están en manos del gobierno español, en el mejor de los casos un sub imperialismo o una sucursal del imperialismo alemán.

El imperialismo, contrariamente a lo que afirma nuestro crítico, sí repercute sobre el desarrollo del capitalismo local, porque 1) la valorización del capital extranjero en el país termina operando como un drenaje de plusvalía cuando ésta es repatriada como remesas de utilidades; 2) impone varias condiciones de explotación, empezando por el endeudamiento externo; y 3) fuerza a una competencia asimétrica que reproduce el desarrollo desigual. Es necesario comprender estos elementos de conjunto, y no afirmar alguno en detrimento de otros como hace nuestro crítico. Es la acción conjunta de estos elementos la que reproduce como resultado polos de desarrollo capitalista frente a polos de subdesarrollo. El resultado de este desarrollo desigual carga los principales costos sobre la clase obrera, pero las peores condiciones de la clase trabajadora en las semicolonias en relación a los países más ricos están estrechamente ligadas al atraso relativo que el conjunto de estos tres aspectos contribuyen a reafirmar.

Subdesarrollos e involuciones

El artículo termina señalando la “absoluta impotencia del PTS en el conflicto del campo o su subdesarrollo durante el Argentinazo” que supuestamente derivaría de nuestro desdén por la investigación científica. Como planteamos en “Sutilezas...”, lo que rechazamos es que hacer ciencia sea juntar datos sin ton ni son, y juntar hojas encuadernadas sin integrar lo analizado en las relaciones más generales que constituyen la totalidad social, “método” tan caro a RyR, tanto en sus análisis sobre el agro como en todos los terrenos, llegando al grotesco en su crítica de la teoría del imperialismo.

Pero lo que resulta más gracioso es que este grupo cultural haga referencia al “subdesarrollo” del PTS durante el Argentinazo. Se trata de la única organización de la izquierda clasista que hace más de una década viene realizando sistemáticos esfuerzos por conquistar posiciones dirigentes en las principales concentraciones de la clase trabajadora. A diferencia de otras organizaciones que fueron redefiniendo el sujeto que hegemonizaría a las clases oprimidas en la lucha contra el capital, desde el PTS batallamos en el terreno teórico por el rol estratégico de la clase trabajadora ocupada, y fuimos consecuentes con eso en nuestra práctica. Producto de estos esfuerzos, hemos conquistado un rol protagónico en el sindicalismo de base, con Kraft y otras importantes fábricas de la alimentación (que este año perforaron el techo de los acuerdos salariales que quería imponer la burocracia del FTIA); los ferroviarios y subte a la cabeza, por no hablar de Zanon y el Sindicato Ceramista, o la Coordinadora del Alto Valle con los desocupados; así como numerosos delegados en metalúrgicos, metalmecánicos, gráficos, telefónicos, estatales y docentes en todo el país. Es desde esta apuesta estratégica por la hegemonía de la clase obrera, que frente al *lock out* del agropower batallamos por nuestra posición “ni K ni campo”, que fue acompañada por numerosas comisiones internas y delegados, así como por el pronunciamiento de más de 600 intelectuales y docentes. Mencionemos también que en momentos de recuperación del empleo, sentamos un

enorme precedente en el gremio ferroviario de la zona sur del Gran Buenos Aires por haber luchado desde la agrupación clasista Bordó, opositora a la burocracia empresaria de Pedraza, codo a codo con los tercerizados de la empresa de limpieza Catering World, logrando su pase a planta permanente y consiguiendo la unidad con los movimientos de desocupados en el Comité de Apoyo Ferroviario, que permitió impedir los despidos e incorporar al ferrocarril desocupados de la mayoría de los movimientos, y cuya continuidad fue la actual lucha contra el tercerismo en el Roca, en la cual la agrupación Bordó se encuentra a la cabeza.

Mientras tanto, RyR involucionó de ser parte de un partido y batallar por el “sujeto piquetero” a ser un grupo de “científicos” sin lazos orgánicos con ningún movimiento ni partido de la clase trabajadora. La “ciencia” de una corriente alejada de las cuestiones estratégicas más candentes y devaluada por los vicios academicistas de los estudios parciales, tiene poco para aportar en la construcción de un partido revolucionario en la Argentina.

En las antípodas de la práctica de RyR, son necesarios intelectuales revolucionarios que unan a la investigación seria y profunda, la reflexión sobre las condiciones estratégicas –nacionales e internacionales– para la lucha revolucionaria, sobre los desafíos planteados en cada momento por los cambios de la situación política, sobre la práctica partidaria y sobre las oportunidades y desafíos a superar para que los marxistas revolucionarios podamos construir un partido revolucionario fuertemente asentado en los sectores más avanzados de la clase trabajadora, para que ésta conquiste independencia política y tome en sus manos un programa revolucionario acaudillando al conjunto de los oprimidos. No limitarse a caracterizar la realidad, sino ponerse a la cabeza de definir los caminos para transformarla. Lejos de ser cuestiones encontradas, sólo desde esta posición pueden los marxistas realizar elaboraciones científicas que estén a la altura de responder a los grandes desafíos que plantea una época en la que estamos ante la perspectiva de enormes convulsiones económicas, sociales y políticas.